



# **LA ESTIRPE DE TORDÓN**

**M<sup>a</sup> Concepción Regueiro**

**Capítulo X**



## x

El suplicio de trasbordos y retrasos había convertido la vuelta desde Vigo en un viaje interminable, pero yo no me había atrevido a coger otro avión tras leer por completo la reseña del periódico sobre el colapso electrónico sin consecuencias del vuelo Madrid-Vigo justo en el mismo instante del que yo tenía una última conciencia hasta mi despertar en la habitación de hotel que no había alquilado. Mis últimas vivencias me hacían considerar como directamente implicada en el incidente, así que la cercanía de la estación de ferrocarriles al negocio de Silvino me decantó por ese medio de transporte.

Ya en casa, mi primera acción fue meterme bajo una larga ducha caliente para quitarme la mugre de todos aquellos kilómetros. Había perdido la costumbre de viajar hacía media docena de años, tras concluir a la vuelta de un frustrante circuito por ciudades del Danubio que esa afición era un simple gasto de dinero y energías para ver cosas finalmente disponibles en cualquier documental de la sección de imagen de los almacenes, un veinte por ciento más barato por mi condición de empleada. El vapor de agua se convirtió en el analgésico necesitado por mi cabeza, aún como un bombo por todo un esfuerzo deductivo al que, para ser sincera, estaba desacostumbrada. Ni la contemplación de las volutas y



formas geométricas sobre mi piel me hizo interrumpir esos instantes de descanso, por el contrario, aquellas marcas me parecieron la simple constatación de la rutina, pues comprendía que mi cuerpo estaba atravesando una metamorfosis de final incierto, con su detonante concreto en el episodio ya tan lejano de los probadores. Esa aceptación no provocaba en mí ningún tipo de intranquilidad, una incongruencia que de verdad me resultaba inquietante. Más inquietante me resultaba, sin embargo, la idea que empezaba a abrirse camino en mi cabeza. Por mucho que me auto acusase de paranoia, no me encajaba la ignorancia aducida por Carlos sobre la identidad de mi padre. No me cuadraban sus intentos fallidos de encontrarlo cuando yo en un par de días y sin ayuda había averiguado su nombre de pila y una antigua dirección pese al montón de años transcurridos. Conociendo su espíritu concienzudo y sus diversas amistades en los ministerios de aquella época resultaba cuanto menos extraño que no hubiese conseguido esos mismos datos cuarenta años antes, cuando todo estaba más fresco y se había dado un episodio tan grave como el narrado por Silvino. El cariño me impedía seguir profundizando en esa dirección, sabía que cualquier evidencia sobre posibles mentiras sería una brecha entre mi tío y yo muy difícil de arreglar. Me aterraba la idea del conflicto familiar y prefería la exigua posibilidad que una nueva entrevista con mi madre podía brindarme. La



revisión de las fotocopias me había dado unos quince chicos con el nombre de José Antonio, bastante habitual en aquellos tiempos, y la llamada hecha a Silvino en uno de los cambios de tren tuvo como pobre resultado su desconocimiento de los posibles apellidos de mi padre. "Unos apellidos corrientes, creo", había concluido y, con esa afirmación, mis posibilidades de seguir la investigación que tan bien parecía avanzar. Los González, Rodríguez y Pérez eran habituales en ese listado y no tenía ni idea del siguiente paso a dar.

Tampoco sé qué me hizo salir disparada a la Residencia de Ancianos una vez duchada. Un mínimo de responsabilidad recomendaba una llamada previa. Al y fin y al cabo, la última vez había dejado a una anciana demente en medio de un ataque de histeria y no me había preocupado por conocer su estado, pero apuré al taxista para llegar antes del fin del horario de visitas como si en ello me fuera la vida y entré en las instalaciones casi a la carrera. Ahorrándome trámites innecesarios, Amalia parecía esperar sentada en uno de los bancos del jardín, acompañada por la auxiliar del primer día. Tenía la mirada perdida en las nubes, y una vez más volvió a sorprenderme su aspecto aseado.

-Buenas tardes. Me gustaría hablar a solas con mi madre. Si es tan amable... -dije por todo saludo retomando mis destrezas impositivas de jefa de planta. La auxiliar



marchó mascullando por lo bajo, tal vez con el recuerdo del episodio de ese primer día presente. Amalia me miró y en sus ojos se reflejó una intranquilidad que sin embargo su gesto no recogió. Por primera vez en mi vida la cogí por los hombros cariñosamente, como cualquier hija hace con su madre, y también por primera vez en mi vida mis palabras no iban cargadas con el rencor del abandono no perdonado.

-Mamá -dije agachándome y mirándola a los ojos-, ya sé lo que pasó.

También por primera vez en mi vida, sus lágrimas e hipidos no provocaron en mí el desagrado de anteriores ocasiones. Por el contrario, mi abrazo surgió como el remedio natural a esa revisión de las antiguas penas del pasado. Creo que estuvimos varios minutos en esa postura, obviando las agujetas y el hecho de que la hombrera de mi chaqueta estaba empapándose. Con ese gesto sentía que recuperaba algo perdido no sabía dónde, la pieza clave para recomponer un rompecabezas que arrastraba desde el instante mismo de mi nacimiento y que yo había preferido no advertir hasta la fecha. Por fin nos apartamos, en parte para coger aire y, en parte, porque a ambas nos apetecía contemplarnos con esos nuevos ojos concedidos por la catarsis. La cara de mi madre había adquirido un brillo desconocido que ahora puedo calificar como belleza pero que en aquellos momentos me dejó fascinada por su novedad.



-Sé lo de la paliza -expliqué-, sé del odio que tenían a mi padre, y de tus intentos de salvarlo. Se llamaba José Antonio, ¿verdad?

-Era el nombre que utilizaba allí, sí -reconoció-. José Antonio Rodríguez Pérez. Podía haber utilizado cualquier nombre, pero cogió ése, no sé por qué. Maldito hijo de puta -concluyó con un odio inesperado que me asustó.

-¿Por qué dices eso?

-Joder, nos abandonó. Miles de cosas que me había prometido para que a las primeras de cambio se volviese a Tordón acojonado. Maldito hijo de puta -repitió con un odio mayor.

-Mamá, no te entiendo, ¿qué es eso de Tordón? No hay ningún sitio con ese nombre -clamé, desesperada ante lo que suponía nuevas muestras de su demencia. Al contrario que cientos de veces anteriores, ella me miró como si fuese una niña pequeña que no se entera de nada.

-Tú siempre al compás de lo que dicen ellos -masculló resentida-. Tanto que ibas a ser la esperanza de la estirpe... Al final, qué tienes, ese pelo blanco de él y esa locura que tú nunca asumirás, ¿verdad? Ese cabrón me hizo la vida imposible a mí y ahora se la va a hacer a mi pequeña. Creía que tú ibas a estar a salvo. Los primeros años incluso pensaba que mi sangre podría con todas aquellas rarezas, pero sólo estaba esperando su oportunidad.



-Mamá, ¿de qué hablas?

-Cuando iba por casa de Carlos -continuó ella mirando fijamente al suelo- y él me contaba que tú eras una niña normal, que no tenías nada raro, sentía como si me quitasen un peso de encima. Todos estos años me mordí la lengua porque daba por buena tu situación, ignorando todo lo que se refería a tu padre. Él nunca se dio cuenta de que era un ser maldito y que éste no era su sitio, ni siquiera de los que él marcaba como propios, seguro que todos son unos pobres desgraciados como yo. Qué inocente. Ni siquiera quería reconocer su error al meterse en medio de aquellos cabrones. Que "es un centro de cultura importantísimo" decía, de aquel hatajo de enchufados. Menuda equivocación.

-Salvo que se basara en datos de treinta años antes...

-mascullé yo, recordando las palabras de doña Gertrudis.

-Tu padre era un desgraciado, no te engañes. Él te marcó y eso no se lo voy a perdonar nunca. Cabrón, no quedarse aquí...

-Mamá, por favor -rogué cogiéndole las manos con un cariño que nunca me creí capaz de manifestar-, necesito que vayas por partes. Cuéntame toda tu historia con mi padre, desde el principio. Tengo tantas lagunas...

-Es algo que me duele tanto...

-Por favor -insistí.

-Está bien -cedió-. Seguro que, en el fondo, te la debo



desde hace muchos años. Bien sé que cualquier madre le cuenta a su hija la historia de su vida, pero a mí no me gusta hablar de toda esa miseria. Carlos se habrá guardado muy bien de contarte que él fue el favorito de nuestros padres y que yo no aprendí a leer y a escribir hasta que era una chica porque entendieron que con mandar a uno a la escuela llegaba, ¿verdad? Y seguro que tampoco te contó su despreocupación por mi futuro cuando murieron primero papá y, a los tres años, mamá, ¿verdad? -denegué con la cabeza. Estábamos entrando en el terreno resbaladizo de los viejos rencores familiares, pero yo no quería interrumpirla- Todo lo que hizo por mí en su vida fue conseguirme el maldito trabajo del Colegio Mayor y, para eso, como si me hubiese conseguido un ministerio o algo así. Menudo trabajo, cuatro duros por doce horas diarias deslomándome y, encima, aguantar a todos aquellos hijos de papá a los que de buena gana hubiera partido la cara más de una vez, pero, claro, había que conservar el trabajo. Panda de hijos de puta...

-Y allí conociste a mi padre -animé.

-Y pensar que hubiera dado la vida por él... Me decía que éramos unos seres privilegiados, los continuadores de la estirpe de Tordón y, por primera vez en mi vida, yo me sentí como una princesa o algo así. Tin me trataba como si los dos formásemos parte de un mundo maravilloso que los demás nunca podrían rozar.



-¿Tin? -interrumpí- Pero, ¿no quedamos en que se llamaba José Antonio?

-La estirpe de Tordón no comparte nuestros nombres, hija. Su nombre verdadero era Tin, por mucho que aquí usase ese ridículo José Antonio. En realidad, tú deberías tener otro nombre.

-¿A qué te refieres?

-El día que nos acostamos, él me marcó, y dijo que habíamos engendrado a Xar.

-¿Dejaste que te hiciera esas marcas? -salté, apartándome del tema sin querer, pero demasiado escandalizada por aquella muestra de sadismo para no preguntar.

-¿Es que no lo entiendes, hija? Pasaba a ser de la estirpe de Tordón. Unos ya nacían en ella, y otros éramos acogidos tras esas marcas, ellos reconocían al instante a aquellos a los que marcar y por eso me hizo los dibujos, mientras hacíamos el amor. Igual que te bautizas para ser cristiana -resumió-. Me sentí tan bien, mientras con aquel puntero me dibujaba todas esas figuras... Sólo dos días más tarde ocurrió lo de la paliza. Por Dios, fueron seis contra uno, y aquellos cobardes sujetándome para que lo viera... Cabrón, qué pronto se asustó -farfulló, iniciando una nueva llantina que sólo me veía capaz de aliviar ofreciéndole un pañuelo-. Me había prometido incluso que nos casaríamos en



San Amadeo, si eso me hacía feliz.

-¿San Amadeo?

-La iglesia más cercana a Tordón, una vieja capilla que iba a llenar de flores para mí -explicó a duras penas entre sus lágrimas. Mi abrazo buscó su consuelo pero, a la vez, la satisfacción de ese anhelo en mis afectos recién descubiertos que yo quería saciar de esa forma una y otra vez. De nuevo estuvimos un buen rato estrechadas la una contra la otra, saboreando ese cariño del que nunca habíamos disfrutado hasta que vi acercarse a la auxiliar. La percepción difusa de sus contornos me indicó que yo también había estado llorando, aunque me importó poco.

-Mamá, tengo que marcharme -dije, separándome con desgana-. Tengo que encontrar ese Tordón y hablar con mi padre, ¿de verdad que no sabes dónde está ese sitio?

-Cariño, ¿te crees que no te lo diría si lo supiera? Habría sido capaz de ir hasta allí a pie para que por lo menos te reconociera.

-Bueno, no te preocupes, ya inventaré algo -dije levantándome. Le di un beso en la frente pero mis nuevos afectos me empujaron y de nuevo la abracé con fuerza. Ella se sorprendió un poco por mi reacción, pero también tenía muchos viejos anhelos que satisfacer y sus brazos me rodearon como si yo fuese su única boya de salvación frente a la locura siempre al acecho. Sentí que la humedad en mis



ojos sería una de las notas distintivas de los futuros encuentros-. Ahora debo marchar, pero vendré siempre que pueda y, cuando estés mejor, miraremos de llevarte a mi apartamento, ¿de acuerdo? -en realidad, mis palabras no salían de mi cabeza, pero ésta las dio por buenas e, incluso, por una obviedad.

-Tú primero haz lo que tengas que hacer, hija.

**Autora: M<sup>a</sup> Concepción Regueiro Digón; Tui, Pontevedra, España.**

***La estirpe de Tordón*, Capítulo X. Novela publicada originalmente en el volumen de mismo título de la colección Libro Andrómeda – Ciencia Ficción, núm. 11.**

-----  
La autora ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en Internet:

-----  
**Reconocimiento – Sin obra derivada – No comercial:** El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.